



# Ciudad de México

## Manzanares 25

### Memoria descriptiva del proyecto

En el antiguo barrio de La Merced, al oriente del Centro Histórico de la Ciudad de México, la casa ubicada en el número 25 de la calle Manzanares alza la voz como la única del siglo XVI que se ha localizado en la ciudad. El dato es por demás significativo y genera incertidumbre entre especialistas, y al mismo tiempo, un interés renovado en el estudio de una etapa de la arquitectura y del urbanismo de la ciudad que fue trascendental para el desarrollo de la metrópoli. Los más críticos apuntan a que se trata de un edificio del siglo XVII ya que difícilmente una construcción del XVI podía haber sobrevivido a las transformaciones urbanas y a los estragos de los fenómenos naturales que caracterizan el devenir de la ciudad.

Más allá de la controversia natural que genera una noticia de este tipo, los estudios técnicos existentes sitúan a esta casa en esa temporalidad, y gracias a ello ha sido posible cambiar su destino, preservándolo y evitando la destrucción de vestigios importantes de la arquitectura civil temprana de la ciudad novohispana.

El edificio denota una arquitectura simple y ordenada en cuyas fábricas originales y disposición interior se pueden distinguir elementos con influencia indígena, así como aportaciones renacentistas traídas por los europeos recién llegados a la ciudad.

El proyecto es el resultado de un proceso de más de 10 años; desde su traslado al dominio público de la ciudad, pasando por los estudios previos y la gestión de recursos, hasta su restauración y apertura como espacio cultural enfocado a la población infantil del barrio. La restauración ha constituido el paso más importante para dar nueva vida a este edificio y ponerlo al servicio de uno de los sectores más vulnerables de la ciudad, constituyéndose en un ejemplo de patrimonio excepcional recuperado como elemento de cohesión social.

### El barrio

La zona suroriente de la antigua ciudad de México-Tenochtitlán conformó una de las cuatro parcialidades de la metrópoli indígena, llevó el nombre de Teopan y tras la conquista cambió a San Pablo Teopan. La fundación del Convento de Nuestra Señora de La Merced en el siglo XVII le asignó desde entonces su actual nombre “Barrio de La Merced”.

La presencia de acequias (vías navegables construidas durante la ciudad prehispánica) a través de las cuales llegaban los alimentos a la ciudad desde los pueblos sureños determinaron desde entonces su carácter comercial y consolidaron la zona como asiento de indígenas de otras regiones; de ahí que desde sus orígenes sea una zona con gran mixtura y riqueza cultural de carácter popular.

En 1861, se construyó el Mercado de La Merced que hasta mediados del siglo XX fue el principal núcleo de abasto de la ciudad. Con ello, se consolidó el carácter de la zona; surgió una transformación importante en la arquitectura ya que muchas casas se convirtieron en bodegas o se transformaron en pequeños comercios. Para 1957 el mercado fue demolido y reubicado en otro sector de la ciudad, lo que dio paso a un proceso de abandono y deterioro de esta zona.



El barrio ha permanecido fiel a su vocación, pero con los años se tornó en un sitio peligroso y marginado que alberga una población económicamente empobrecida. Cuenta con una alta población infantil expuesta a redes de narcomenudeo, trata y otros conflictos sociales.

En contraste, la zona conserva su condición de sitio de encuentro y vida populosa; cuenta con una rica historia patente en numerosos elementos tangibles pues el 40% de los edificios considerados monumento del Centro Histórico se encuentran en esta área que tiene una superficie cercana a un kilómetro cuadrado.

### La casa

La historia lacustre, comercial y popular del barrio ha dejado su huella también en la arquitectura; Manzanares 25 es un ejemplo notable por sus fábricas y la composición de sus elementos interiores. Se encontraba prácticamente perdida en la memoria arquitectónica de la ciudad, hasta que durante la actualización del Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia se destacó su presencia, llamando la atención de autoridades y académicos.

La casa está situada en un solar ubicado hacia los límites de la antigua ciudad de México-Tenochtitlán. En su esquina norponiente pasaba una acequia lo que determinó el remetimiento del predio con respecto al alineamiento de la calle y el sembrado de algunas de las habitaciones.

Tras haber tenido diferentes usos, en el año 2010 se encontraba ocupada por pocas familias, que vivían en condiciones sumamente precarias. El edificio se expropió inicialmente para ser rehabilitado para vivienda; sin embargo, se decidió destinarlo a fines culturales en beneficio de la comunidad.

En 2016 iniciaron trabajos para el rescate de la casa; las primeras actividades fueron análisis geotécnicos que permitieron comprobar que la edificación proviene del S. XVI, aunque evidencia intervenciones de los siglos posteriores. Los vestigios de la antigua acequia, la cimentación de mampostería de piedra braza a la cual se liga el rodapié de recinto, los elementos de apoyo constituidos por mampostería de pedacería irregular de piedra braza, tezontle y sillares de chiluca, así como el empleo de adarajas, son vestigios que confirman la antigüedad de la construcción.

El edificio es de un partido arquitectónico sumamente simple; sobre el solar más o menos rectangular se desplantan 17 habitaciones contiguas, todas ellas en torno a un patio central. Toda la construcción es de un solo cuerpo, lo que la hace también singular, ya que la mayoría de las edificaciones del Centro Histórico cuenta con mayor altura.

El arquitecto Juan Benito Artigas, especialista en arquitectura novohispana del siglo XVI sostiene que la disposición interior del edificio está asociada a las casas de la población indígena asentada en la Nueva España al momento de la conquista.

En la época mesoamericana era común este tipo de casas para reunir a una “familia amplia” de indígenas, en donde vivía el jefe de familia y cada uno de sus descendientes con sus familias ocupaban una habitación alrededor del patio central, el cual, al igual que los servicios eran de uso común.



## La restauración

A partir de los primeros hallazgos sobre la casa, inician una serie de estudios técnicos para determinar sus fábricas originales, deterioros, alteraciones posteriores y definir, conjuntamente con el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el proyecto de restauración, al frente del cual estuvieron Juan Benito Artigas y Rubén Rocha, especialistas en arquitectura y estructuras históricas, respectivamente.

La planta del edificio estaba alterada por construcciones del siglo XX empleadas como bodegas y comercios desplantados sobre el patio original de la casa.

La fachada principal había sido modificada, conservando únicamente el acceso y sus enmarcamientos de cantera; los demás vanos habían sido ampliados para abrir locales comerciales hacia la calle. La fachada lateral también había sido alterada con la apertura de grandes vanos.

La mayoría de las habitaciones habían perdido sus cubiertas primigenias e inclusive se encontraban expuestas a la intemperie; en otros casos habían sido sustituidas por sistemas deleznable o por concreto armado, comprometiendo el comportamiento estructural del edificio.

Con los análisis de materiales y a partir de las fuentes documentales sobre sistemas tradicionales de construcción alusivos a la época, se liberó al edificio de restos de encorazados en muros, aplanados en mal estado, firmes de concreto innecesarios, dinteles y ventanas de madera empodrecida, mosaicos dañados, muros de tabique y capas de pintura discordantes con la materia original del edificio.

Se reintegró el tradicional sistema de viguería en la mayoría de las cubiertas; en otras en donde las habitaciones habían sido sumamente transformadas, se emplearon sistemas contemporáneos pero compatibles con los preexistentes.

Para la consolidación y restitución de muros, pretilas y tableros se emplearon sistemas originales con materiales similares a los encontrados en el sitio, atendiendo también las fisuras existentes. Se reintegraron adarajas, jambas, dinteles y cornisas de cantera, rodapiés y encorazados, así como elementos decorativos como gárgolas, pretilas y relieves de cantera. Se clausuraron vanos que alteraban la imagen y el comportamiento estructural del inmueble, además de reintegrar aplanados y una capa pictórica final en todos los muros.

Las carpinterías de puertas y ventanas fueron renovadas; se reintegraron lajas de cantera en el piso del patio dando uniformidad a la superficie y se otorgó nuevo acabado en los pisos de las habitaciones mediante concreto y un proceso intencional de oxidación.

Se rescató el área de lavaderos comunes ubicada en el patio; debido al nuevo uso del espacio fue preciso incorporar una red hidráulica y sanitaria exenta en la medida de lo posible, de los muros originales del edificio, conectada a la red sanitaria que había sido incorporada dentro del predio en la primera mitad del siglo XX. Finalmente, acorde con el nuevo uso del edificio, se introdujeron instalaciones eléctricas y de iluminación sin alterar los elementos históricos.



### Primero los niños

Si bien la comunidad no participó en el proyecto de restauración; en el periodo que se restauró la casa se llevaron a cabo talleres y actividades en el espacio público aledaño a la casa con la comunidad infantil de la zona con el fin de generar lazos de confianza, apropiación e identidad de su barrio. Los niños y niñas opinaron y participaron en la toma de decisiones acerca de las actividades que se desarrollarían al interior de la casa en virtud de que el proyecto se pensó para que ellos fueran sus principales usuarios.

En diciembre de 2018 la casa fue inaugurada como un nuevo espacio cultural en el barrio de La Merced.

Actualmente se cuenta con un nuevo programa para la operación del recinto, con diversos espacios para la enseñanza lúdica y colectiva de diversas disciplinas artísticas como pintura, música y expresión corporal; así como, cocina, huertos urbanos, carpintería y otros oficios tradicionales, además de contar con ludoteca y auditorio.

En la cultura de México Tenochtitlán, la poesía, el canto y la danza eran oficiales y se regían por una institución denominada Cuicacalli o Casas de Canto, donde ingresaban los niños y niñas y el arte era un “lenguaje” entendido como “flor y canto”. Al tratarse de la casa habitación más antigua que hasta el momento se conoce en la Ciudad y considerando su notable carga cultural prehispánica, el proyecto se orienta a este concepto.

También está en proceso la conformación de un pequeño museo de sitio dentro del edificio, que cuente la historia del barrio y el proceso de recuperación de la casa. El propósito es adentrar a los vecinos y visitantes en el descubrimiento de los valores culturales del inmueble y del barrio, partiendo de la idea de que el patrimonio debe ser apropiado por las personas y al mismo tiempo, debe ser una herramienta para reforzar el arraigo y la identidad de las comunidades.

La experiencia, a poco más de dos años de operación, es que este espacio restaurado está generando un impacto positivo, pues se trata de un sitio excepcional para la convivencia y el desarrollo cultural de su población infantil, el cual es un referente en la zona.